

La obra del Doctor Rodolfo Oroz *

EL CARACTER del acto de hoy en esta Honorable Corporación, no tiene, en su esencia misma, ninguna circunstancia excepcional. Porque la designación del Profesor señor Doctor don Rodolfo Oroz, como miembro académico de la Corporación por el sufragio unánime de sus ilustrados miembros, no añade nada a los méritos esclarecidos del lingüista y del filólogo, del Profesor y del escritor. El virtuoso humanista, embebido en el mundo de los ideales clásicos, nunca ha dejado de ser nuestro colega en la cátedra. Aunque de ella administrativamente se alejó, ha continuado en la docencia llevado de un amor irresistible. En la dirección de la obra, que ha sido la más cara de su vida, ha proseguido en el Instituto de Filología su labor bienhechora, con un rendimiento de frutos verdaderamente admirables. Bajo su experta tuición y prudente consejo, camina el Instituto de Investigaciones Histórico Culturales. Con ánimo juvenil y curiosidad ecuménica para con las disciplinas que cultiva, mantiene el *Boletín de Filología*, que hace honor a la magnífica tradición vernácula de esta ciencia en nuestra Facultad, donde fueron maestros un Bello, un Sarmiento, un Amunátegui Aldunate, un Amunátegui Reyes, un Lenz, un Vicuña Cifuentes, un Hansen y tantos otros. Apenas si es necesario decir que esa revista pone en el ámbito de la cultura nacional un hito luminoso de prestigio. La pluma del Doctor Oroz, siempre absorbida en las páginas de la revista que dirige, frecuentemente ha desbordado a las columnas centenarias de los Anales de la Universidad de Chile. Estudios de erudición filológica y lingüística, ensayos de crítica literaria, averiguaciones semánticas y comentarios bibliográficos, encuéntrase en esa publicación como expresiones de una permanente inquietud espiritual. Hay más todavía. El Doctor hace vida diaria universitaria, ya en su gabinete, ya en su cátedra, ya en las reuniones del cuerpo de expertos, con quienes planea las investigaciones de su especialidad.

También hace esta vida en el contacto con sus alumnos y con los que fueron sus discípulos. De este modo, la suya compendia armoniosamente la vida ejemplar del Profesor vigorosamente enraizado con el ambiente acariciante de las aulas. Este conjunto de circunstancias es lo que hace que el Doctor Oroz pertenezca en cuerpo y alma a esta Casa de Estudios, y dentro de ella, muy especialmente, a esta Facultad.

Ahora comprenderéis, señores, porque este acto —como ya lo dije— no significa desde el punto de la diaria convivencia de los miembros de la Facultad con el Doctor Oroz, ningún acontecimiento extraordinario, ni aun en el de su proclamación de miembro académico del Instituto. En cambio, desde otro punto de vista, este acto asume caracteres solemnes, solemnísimos. Vale, simbólicamente, por su representación moral en un bien y explícito sentido. Si es cierto que el diploma que atestiguará al Doctor Oroz como miembro académico, lo va a unir más aún a la Facultad, lo que hacemos en este momento, con tal pretexto, es otra cosa, y es ésta lo que como Decano de la Corporación debo señalar muy especialmente. Tributamos al Maestro un homenaje de respeto y gratitud. Al educador, le expresamos nuestro agradecimiento. Al investigador de su ciencia, la admiración. Al hombre de bien, el reconocimiento de sus virtudes.

Este es el sentido del acto de hoy. No puedo dejar de manifestar la satisfacción íntima de ser yo quien rinda al Doctor Oroz este homenaje. Con él, con nuestro Rector, los Profesores Videla, Moreno y yo, somos en el Instituto Pedagógico los más antiguos Profesores que quedamos en la brega. Al despedirme muy pronto de las tareas docentes, siento orgullo de hablar al Maestro en esta ocasión, y este sentimiento lo digni-

*Discurso en el acto académico de incorporación del doctor Rodolfo Oroz a la Facultad de Filosofía y Educación.

fica lo que el Doctor Oroz ha hecho en pro de la enseñanza y por lo que su obra representa en la cultura nacional, la que ha enaltecido en el extranjero, hablando de una Universidad que se nutre de los estudios clásicos y de un país que funda en las humanidades el vigor de sus fuerzas espirituales. Cuando de un hombre, como el Doctor Oroz, pueden decirse estos conceptos, la verdad es que destacamos una voluntad puesta al servicio de un ideal, la enseñanza; una inteligencia orientada a una ciencia; y un carácter entregado al servicio superior de los intereses sociales de la cultura en la formación de maestros. Vidas como las de este educador merecen conocerse. Por lo menos, de la suya no podrá decirse que no tuvo ejemplos que la condicionaran, y le indicaran el rumbo que debía seguir. En el hogar aprendió a amar la enseñanza. Su padre, don Ruperto Oroz, mereció ser enviado por el Presidente Balmaceda a estudiar pedagogía en Alemania. Ya entonces se reconocía que las ciencias de la educación en ese país habían alcanzado niveles superiores de eficiencia, a tal punto que los maestros alemanes, con su disciplina, con su expansivo fervor patriótico, la entereza del carácter y la voluntad para sobrellevar las adversidades de la guerra, habían sido más fuertes en el logro de la victoria de 1870-1871, que el poderoso ejército prusiano. Don Ruperto Oroz, después de realizar sus estudios, volvió a Chile para desempeñar el cargo de Visitador e Inspector de Escuelas Normales. Las excelencias de la metodología pedagógica alemana llenaron de entusiasmo al padre del Doctor Oroz. Otros chilenos también habían sentido hacia los finales del siglo XIX la misma atracción. Abelardo Núñez, Manuel Antonio Ponce, Claudio Matte, Valentín Letelier, Diego Barros Arana, Domingo Amunátegui Solar, Manuel Barros Borgoño y Luis Espejo, concluyeron en Chile, convirtiéndose en los ardientes defensores de ese sistema pedagógico. En las esferas superiores del gobierno, el Presidente Balmaceda, visionario de un progreso que no había de ver, junto con Federico Puga Borne y Julio Bañados Espinoza, tendía a crear el Instituto Pedagógico para la formación del profesorado secundario, y contrataban una legión de maestros alemanes para fundamentar la orientación pedagógica alemana en ese plantel, en los liceos secundarios y también en las escuelas de primera enseñanza. A los 9 años, en 1906, el Doctor Oroz fue enviado por su señor padre a cursar las

humanidades en Alemania. En Leipzig ingresó al Gimnasio Real. Demostró, tal como lo acreditan sus notas, todas las condiciones de un alumno brillante. Coronó los estudios humanísticos con el premio de honor en el año 1912. Luego de graduarse de Bachiller, ingresó a la Universidad de la ciudad en que había realizado los estudios secundarios. Su inclinación intelectual la condujo a la literatura, las lenguas clásicas y modernas. Entró a familiarizarse con el griego, el latín, los idiomas germánicos y los romances. De intento señaló especialmente este momento de la vida estudiantil del Doctor Oroz. Lo hago para manifestar que toda verdadera vocación está fundamentada en el penoso sacrificio de una dura formación intelectual, de una férrea voluntad que obliga a la inteligencia a contenerse en los lindes de la reflexión a que conducen las humanidades cuando ellas atraen por contenido de belleza, de armonía y claridad, pero cuya captación sólo se logra después del dolor de comprenderlas. El Doctor Oroz amplió muy pronto el campo de sus estudios. Se introdujo en los dominios de la filosofía, pedagogía, psicología y geografía. Espíritus superiores le guiaron. Fueron sus maestros Eduardo Sievers, Guillermo Weigand, Eduardo Spranger y Guillermo Wundt, el eminente psicólogo y filósofo. Anotemos que fue ayudante del notable Profesor Max Forster. En 1920, el Doctor Oroz recogía el fruto de su constancia. Rendía el examen de grado para la obtención del título de Profesor de cuatro asignaturas, la de francés, la de alemán, la de inglés y la de geografía. Ya la lengua alemana la dominaba como la propia, y mejor que ella, porque el Doctor Oroz no ha podido dejar en la pronunciación del español el acento de la lengua germánica. Casi al año de haber alcanzado los títulos docentes consagró a variadas atenciones pedagógicas. Hay una que debemos destacar, y es ésta la memoria o tesis que presentó al Ministerio de Educación Pública de Sajonia, la cual, por su erudición, por su acabado plan, perfecto desarrollo del asunto, le significó el título de Asesor de Estudios. Este título facultó al Doctor Oroz para desempeñar cátedras en propiedad en el Estado de Sajonia. Por esta circunstancia, el Doctor Oroz es el único Profesor chileno —según creo— que posee el título de Profesor en Alemania.

En 1922, optaba al Doctorado en la misma Universidad que había sido su alma máter, y como tesis presentó un estudio lo-

nético del vocalismo en los manuscritos que se conservan acerca de la gesta medieval anglosajona del Boewulf, o sea, lo que constituye la colección de las leyendas que recitaban en los castillos, en los caminos, en las aldeas y pueblecitos, los scopes o escaldas desde lejanísimos tiempos. El erudito encontró en ese material un precioso tema para sus averiguaciones lingüísticas; el filólogo, en la bien entendida acepción de su tarea, halló un vasto campo para la reconstitución del ambiente cultural de una época encantada por el sortilegio que envuelve dulcemente lo pretérito, y el historiador vislumbró, lo mismo que el crítico, éste en la consideración de la obra del hombre, y aquél en la percepción de las características poemáticas de las leyendas, un ámbito lleno de horizontes para fundar sugerentes conclusiones singularmente valiosas para la estilística, la gramática y la métrica germanas, y las indagaciones de los medios culturales.

El Doctor regresaba a Chile a fines de 1922. A partir de ese año, se abre para el nuevo Profesor un campo inmenso para sus actividades docentes. Su carrera ha sido larga y fecunda. Pero, ¿es que la suya ha sido el resultado de la buena suerte, de las influencias acomodaticias y de los influjos? El Profesor Oroz ha ganado los escalafones de la docencia desde el liceo hasta la Universidad, únicamente por la responsabilidad ejemplar de su preparación profesional. Desde los 9 años en que llegó a Alemania hasta 1922, vivió consagrado al estudio, es decir, señores, a una laboriosa preparación para ser Profesor. Vosotros sabéis lo que esto significa, y como los jóvenes de hoy lo ignoran, es conveniente repetirlo. Es un caso ejemplar. El Doctor Oroz, para enseñar bien y a conciencia, debió alejarse de su familia, distanciarse de la patria y dedicarse sin esperanza de valimiento alguno a las tareas disciplinadas de la inteligencia en estudios de una consagración total. Llegó hasta el renunciamiento de los placeres menores de la vida, ya que los mayores ni entonces ni ahora en su modestia, han estado a su alcance. Todo ese sacrificio de formación no le ofrecía nada. Al contrario, el porvenir no le auguraba que sus penosas horas de soledad en el trabajo y que los momentos deliciosos de la búsqueda de la verdad y de la belleza, fueran recompensados en un país donde ya hacia 1922 comenzaba a decaer, a consecuencia de las mutaciones económicas y sociales, el ran-

go del Profesor. La Universidad, a su vez, seguía siendo el feudo de una aristocracia social y de una élite que correspondía a una oligarquía. El Doctor Oroz debía esperar alcanzar la situación que sus merecimientos le han conquistado únicamente por ellos y por ellos imponerse ante sus colegas. Es bien distinto el ejemplo que ofrecen nuestros jóvenes de hoy, que apenas salidos de las aulas, con un prodigioso caudal de inexperiencia, quieren ejercer la cátedra en el mismo día del examen de grado. ¡He aquí el origen de lamentables frustraciones, de irreversibles errores, cuyas consecuencias apenas se pueden vislumbrar!

Yo he querido contar la historia de la formación intelectual y pedagógica del Doctor Oroz, porque me parece en estos tiempos un ejemplo. Lo que no sé es si este ejemplo encontrará unos pocos imitadores en el mundo materialista y concupiscente en que nos desenvolvemos, y que tan de cerca arrulla a la juventud de nuestro tiempo.

No creo que deba recordar los cargos de Profesor que el Doctor Oroz ha desempeñado en su larga carrera docente. Aparecen ya un tanto lejanos los días en que comenzó en 1923 a ilustrar la cátedra de Latín y de Literatura Greco-Romana en el Instituto Pedagógico de nuestra Facultad, para en 1925 obtener, en propiedad, después de un brillante concurso de oposición, la de Gramática Histórica Española. Ese concurso fue presidido por el Doctor Lenz, Darío Castro y Arcadio Ducoing, cuyo recuerdo, como el de los dioses primates, ilustran la tradición de nuestra Facultad. La prueba escrita a que fue sometido el candidato versaba sobre la morfología del sustantivo y del adjetivo y la oral fue una disertación sobre un trozo del Poema del Cid. Lo que no podría silenciar, porque en la carrera del Doctor Oroz constituyó la culminación de ella, fue el nombramiento de Director del Instituto Pedagógico, en 1933.

Ciertamente debería, en esta ocasión, referirme a la obra incesante y prolífica del Doctor Oroz como filólogo, especialidad distinta de esta otra que también cultiva de lingüista, y todavía de lexicógrafo. Declaro mi incompetencia en las de la lingüística y lexicografía, y cierto entendimiento con la filología, en cuanto a su fundamentación histórica. Si, sin ninguna clase de ambages, afirmo que el Doctor Oroz es una autoridad universal en los ramos y ciencias de su versación, diría una vulgaridad. Pero

las vulgaridades hay que decirlas para imponerlas como razón en el mundo de los indoctos. Hay libros del Doctor Oroz que tienen el sello de la originalidad en el método, en el plan, en la manera de tratar los asuntos y los temas del idioma y de la gramática latinos, en lo concerniente a la pronunciación de esa lengua. Son nuevas en la estructura otras obras didácticas suyas, como las antologías de los idiomas vernáculos, por el sentido que ha hecho imperar en ellas, moderno, flexible y elegante en la selección de los modelos. Los ejercicios latinos han contribuido a hacer más amable un idioma odiado más que todo por el concepto político-religioso de que se le hizo representante en los días febriles de la libertad en el siglo XIX. Todo este conjunto de libros —sabiduría clásica arrojada con modestia— abrió al Doctor Oroz las puertas de la Academia Chilena de la Lengua,

correspondiente de la Española, de la cual es ahora su dignísimo Director.

Yo he debido contraer este discurso al elogio del Maestro. Por el cargo que ejerzo, mi deber era enaltecer al educador, al formador de juventudes y rendirle un homenaje. Huelga por esto el comento de su tarea literaria, didáctica, de erudito, de investigador. He debido renunciar a referirme al crítico de los primeros monumentos de nuestra historia literaria colonial, de cuyo estudio es pieza acabada el discurso que acabais de oír. Si la entrega del diploma de miembro académico es para el doctor Oroz un nuevo galardón y al ponerlo en sus manos en nombre de la Facultad cumplo con mi deber y un honor, permitidme deciros que la Corporación se inclina agradecida ante vuestra venerable labor de Maestro. Os entrego, pues, el nuevo título con que ha querido distingueros la Facultad.